

ambición no es ostentosa, no gusta exhibirla en los escenarios del éxito popular, como la mayoría de los políticos; prefiere el poder por el poder, sin brillo, secretamente, como un avaro que saborea a solas sus tesoros. Es un gozador solitario de la fuerza política que ha acumulado en décadas de experiencia y de información política.

La veleidad y la falta de carácter con que Stefan Sweig quiere agotar los resortes anímicos de este sinuoso sujeto político, no son sus únicos móviles. Sorprende que un espíritu tan sagaz y cultivado como el del biógrafo austriaco no haya tocado, por lo menos, un concepto de mucha boga contemporánea: el complejo de inferioridad. Lo usa Hentig en su biografía de Robespierre—también publicada en español—al atribuir sus celos personales por otros personajes de la revolución y sobre todo por Danton, de vitalidad tan exuberante, a una deficiencia sexual. Hay que prevenirse contra las posibles exageraciones de esta teoría de la *Minderwertigkeit*, por otra parte tan fecunda en esclarecimientos psicológicos; pero extraña no verla mencionada en una biografía actual de un tipo como Fouché, que debía sentir, como pocos, un hondo complejo de inferioridad frente a los hombres más brillantes del período revolucionario. No, naturalmente, una inferioridad moral o íntima, sino una inferioridad externa, en el espectáculo político.

Fouché no es orador; rara vez habla en público con el pretexto de que posee una voz defectuosa. Esto le incapacita para ser una figura de primer término en los clubs políticos y en la convención, en una época en que el poder político está condicionado por la elocuencia; por lo demás, como en todas las épocas. No era lo que hoy se dice un parlamentario. Por otra parte, tampoco la naturaleza le había dotado de una figura atractiva; no tenía las condiciones corporales del gran actor político. De ahí su preferencia por la política de pasillos, de conciliábulos, de intrigas y secretos, por las condiciones naturales a su inferioridad física. Hombre tan inteligente como él que más, consciente de su valía, pero consciente también de carecer del genio espectacular de un Robespierre, de un Napoleón, de un Talleyrand, el gran actor de los salones, Fouché busca en la sombra las armas y el escenario de sus triunfos. Se sabe que no es león y concentra todas sus energías en el arte de ser zorro para vencer al león. Y le vence.

En el fondo, es el político perfecto de Maquiavelo. ¿Conocía la doctrina del florentino? No es que le hiciera falta. El político maquiavélico es anterior y posterior a Maquiavelo; tan antiguo y tan espontáneo como el hombre. Pero Maquiavelo eleva a filosofía política una práctica pre-existente en la historia. Sus modelos son Alejandro VI y César Borgia. Maquiavelo hubiera admirado la matanza de Fouché en Lyon tanto como la matanza de César Borgia en Sinigaglia. Estefan Sweig no nos dice

nada de los maestros políticos de Fouché; pero consciente o no, su filosofía de hombre de Estado—vencer y dominar por la fuerza o por la astucia—está en los capítulos VII y XV de *El príncipe*. León, cuando se puede ser, en Lyon y en el Loira; y cuando no, zorro, en la lucha a muerte con Robespierre, con Napoleón y con el Directorio. Fouché es un tipo político perfecto del Renacimiento italiano. Esta ascendencia intelectual es la que echamos de menos en la admirable biografía de Sweig.

Admirable, a pesar de sus lagunas, a pesar de diseñarle como una figura única, en vez de situarle dentro de una tipología universal y eterna. Lo que al magnífico re-

trato de este zorro—y nadie mejor que Stefan Sweig, resucitador del *Volpone*, de Ben Jonson, podía trazarlo—le falta en profundidad de historia y de psicología contemporánea, le sobra, en cambio, en colorido de estilo y en delicadeza de forma. Un gran retrato en que vemos deliciosamente espejados e iluminados muchos políticos de nuestro tiempo, grandes y pequeños. Pero no para indignarnos con la sorprendente visión, sino para defendernos mejor de sus astucias; para conocerlos mejor y, sobre todo, para saber que existen y que, en muchos casos, ellos nos gobiernan, porque cometemos la temeridad de no darles importancia.

Luis Araquistain

Madrid, mayo de 1931.

Rol de la mujer revolucionaria...

(Viene de la página 332.)

puede ser admisible que el voto de las mujeres, captadas aún por el respeto a los nombres "ilustres" y dominados por la superstición del poder que acabamos de derrocar, vayan a aumentar los votos de la vieja casta explotadora. No está la mujer en capacidad de ejercer sus derechos políticos, sin la influencia del hogar católico, del convento y del confesionario. Tal vez sí lo estén las mujeres que trabajan. Pero el voto restringido sería motivo de alharaca y sería difícil controlarlo. Establecido un nuevo sistema, depurado el ambiente, dándosele a la mujer amplias posibilidades de acercarse a la cultura y de rehabilitarse por este medio, entonces será posible que el porcentaje de votos femeninos sea para respaldar a los nuevos partidos y a sus hombres.

En el primer caso, la fuerza aportada por la mujer, sería fuerza de retrogradación, de continuación de sistemas que han llevado al Perú a su actual caos y a su actual desintegración. En el segundo caso empezarían a ser fuerza consciente, de clara determinación y podrían contribuir a la reconstrucción del país dentro de las nuevas normas que quieren las izquierdas.

Si examinamos el resultado del voto masculino en los sesenta años de civilismo y partidos históricos, debemos convenir en que jamás tuvo la verdadera conciencia ni la exacta intuición de votar por quien efectivamente representaba sus legítimas aspiraciones. Bien está que en la forma en que se tenía establecida la votación no era posible que el pueblo designara a sus personeros con entera libertad, sino que tuviese que sujetarse al soborno, a la amenaza, a la paga y a la descarada mistificación de las autoridades. Nuestros pueblos del interior estaban totalmente dominados por los gamonales que eran los que señalaban el individuo por el cual debía votarse. Las empresas imperialistas por su lado, hasta el presente, siempre han prohibido a sus empleados y obreros ejercer este acto cívico, sin la previa recomendación que ellas ha-

cían de tal o cual personaje adicto defensor de sus intereses en daño de los de la Nación. Ejercido en esta misma forma el voto femenino, el resultado sería lamentable, doloroso. Sería como dijo en época memorable una mujer obrera, precisamente la señora Cáceres cuando recién iniciaba sus campañas políticas por el voto femenino: "nosotras votaremos para que se encaramen ustedes y tengan cómo lucir mejor su vanidad".

El voto secreto en el presente momento, ejercido por la mujer no desligada aun de los prejuicios hogareños y de la tutoría del sacerdote, iría a aumentar, lo repetimos, los bancos del conservadurismo reaccionario, del civilismo derrotista.

No es mediante el voto que la mujer aprista cree en la conquista de todos sus derechos, ni es el voto precisamente la cosa primordial por la que ella iría a la lucha. Es por la igualación en todos los órdenes, por la defensa de su personalidad humana ante la explotación capitalista, por su educación ampliada, libre, gratuita, por la dación de leyes que la protejan como mujer, como madre, como trabajadora, por lo que ella aportará a la lucha política del Aprismo su concurso inapreciable.

El verdadero rol de la mujer revolucionaria, de la mujer moderna, sin extraviado concepto de sus derechos, es colaborar porque en nuestro país se establezca un sistema de gobierno tal que haga imposible la desigualdad social, la injusticia, la postergación de sus derechos. El voto político será una consecuencia de esta igualación, y no el factor primordial para que se produzca el reconocimiento de los derechos femeninos.

El criterio de la mujer revolucionaria no puede consentir todavía en que se plantee una pugna de quien dá más y quien dá menos, entre el hombre y la mujer. Esto la rebaja y la humilla. No es posible pedir por partes lo que debe dársele sin restricciones. Y dentro del Aprismo el concepto